

comandante la Llave, para el levantamiento definitivo. Tomadas las medidas que se consideraron oportunas, aunque no con todo el sigilo que á ser menor el patriotismo hubiera sido posible, designóse la hora de las once de la noche para dar cima á la noble empresa, reuniéndose los patriotas á la señal que para ello debian dar las campanas de la ciudad y pueblos circunvecinos, tocando á rebato. Ese toque se retardó una hora por equivocacion, quedando sobrecojidos de ansiedad los conjurados; pero oyéndose el repique á las doce, acudió cada cual á sus puntos, obedeciendo al grito de la patria. Dirijióse el pueblo á la casa de armas, y con apoyo



LEVANTAMIENTO DE ASTURIAS.

de los oficiales de artillería comprometidos en la conjuración, se apoderó de cien mil fusiles existentes allí, parte de ellos fabricados en Oviedo, parte hechos trasportar á aquel punto por anteriores órdenes de Godoy. Los patriotas marcharon tras esto á la casa donde estaba alojado la Llave, á quien hicieron preso, mientras otros se dirigian á sacar de las suyas á los individuos de la junta, la cual se reunió en sesión á hora muy avanzada de la noche, y agregándosele otros vocales, declaróse única y suprema autoridad del Principado, siendo nombrado presidente suyo el ya mencionado marqués de santa Cruz, quien quedó encargado igualmente del mando de las armas. Pocas horas despues, á la clara luz del día siguiente, declaró la junta la guerra á Napoleon, correspondiendo el pueblo á aquel acto sublime y patriótico con repetidos y entusiastas vivas á *Fernando VII*. Dado ya el primer paso, faltaba adoptar las medidas oportunas para no naufragar en la empresa. Decidido el armamento de la provincia y la formación de un cuerpo de 18,000 hombres, y ha-

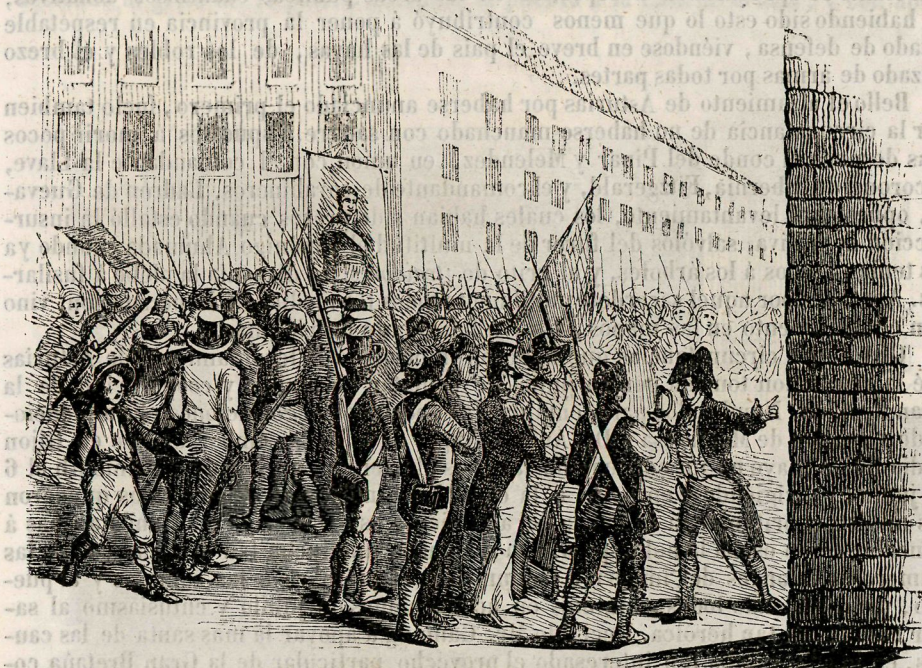
biéndose adherido al levantamiento los carabineros reales y soldados de Hibernia que en virtud de las órdenes dadas por Murat se habían trasladado á Oviedo, sacáronse, de entre los últimos, varios oficiales, sargentos y cabos para la organización de la fuerza armada que la junta había decidido levantar. No bastando esto para llenar los cuadros con suficiente número de gefes, se sacaron para oficiales algunos estudiantes de la universidad, echándose mano de otras personas cuyas prendas y particular disposición las hacían acreedoras á aquella confianza. Los asturianos entretanto se apresuraban á depositar en las arcas públicas cuantiosos donativos, no habiendo sido esto lo que menos contribuyó á poner la provincia en respetable estado de defensa, viéndose en breve el país de las hayas, de los robles y el brezo erizado de armas por todas partes.

Bello el alzamiento de Asturias por haberse anunciado el primero, fue también por la circunstancia de no haberse manchado con sangre. Espuestos á morir pocos días después el conde del Pinar y Melendez, en unión con el comandante la Llave, el coronel de Hibernia, Fitzgerald, y el comandante de carabineros, Ladron de Guevara, opuestos al levantamiento, los cuales habían sido presos cuando estalló la insurrección definitiva, salvólos del furor de la multitud el canónigo Ahumada cuando ya los tenían atados á los árboles, y al grito de ¡traidores! se disponía la plebe á fusilarlos. Agotados por aquel sacerdote inútilmente todos los medios de la persuasión, vino con el sacramento en las manos, y salvó felizmente las víctimas.

Otra de las circunstancias que hicieron importante el levantamiento de Asturias fué la resolución tomada por su junta de solicitar el auxilio y cooperación de la Gran Bretaña. Nombrados para entablar las oportunas negociaciones el ya mencionado vizconde de Matarrosa y D. Andrés Angel de la Vega, embarcáronse en Gijón el día 30 de mayo en un corsario de las islas de Jersey, arribando á Falmouth el 6 de junio, y dirigiéndose en posta á la capital de Inglaterra. Asombrados quedaron los ministros británicos á la nueva del alzamiento asturiano, no acertando apenas á concebir cómo osaba la noble provincia inaugurar una lucha tan desigual contra las numerosas falanges del imperio. Comunicóse el asombro á las cámaras y al pueblo, prorumpiendo todos unánimes en aclamaciones de júbilo y entusiasmo al saber resolución tan heroica. Decidido Mr. Canning á apoyar la mas santa de las causas, en lo cual estaba tan interesado el provecho particular de la Gran Bretaña como la misma independencia española, manifestó á los diputados, de oficio y en nombre del rey, hallarse S. M. dispuesto á conceder todo género de auxilios á aquella valerosa provincia, haciéndolos extensivos á las demas que se mostrasen animadas del mismo espíritu. A esta declaración solemne, siguió un abundante envío de municiones, armas, vestuarios y víveres, siendo nombrado para pasar á Asturias el mayor general Dyer, acompañado de dos oficiales. La lucha trabada entre España y la Gran Bretaña durante la mayor parte del reinado de Carlos IV, cesó definitivamente desde aquellos momentos. La política inglesa se hallaba entonces de acuerdo con los sentimientos de la generosidad y de la justicia.

La tormenta estalló en Santander el día 26 de mayo, cuando aun no se tenía noticia del levantamiento de Asturias. El desasosiego que se notaba en aquella ciudad había llamado la atención del mariscal Bessieres, quien deseoso de prevenir las consecuencias, envió desde Burgos á su ayudante general Mr. de Rigny, con pliegos para el cónsul francés, en los cuales se encargaba al ayuntamiento de Santander la conservación del orden, so pena de esponer la ciudad á la venganza del extranjero. Esta amenaza aumentó la irritación en vez de aplacarla, siendo la mas pequeña chispa bastante á producir un incendio. Cierta disputa ocasionada por motivos privados entre un paisano español y otro francés, hizo el día de la Ascension que se reuniese numeroso concurso en el sitio del debate, y que tomasen parte á favor de su compatriota las gentes que acudieron al ruido, generalizándose la reyerta, y viniendo á parar en tumulto contra los demas franceses vecindados en la población, tocándose á rebato las campanas, y recorriendo los tambores las calles de la ciudad: Armados en un momento multitud de vecinos, dirigiéronse á las casas

de los aborrecidos extranjeros, poblado el aire de vivas á Fernando VII y de muertas á Napoleon y á Rigny. Arrestados los franceses en sus domicilios, observóse con ellos el mayor orden, siendo conducidos al castillo, donde se les puso á cubierto de ulteriores atropellos. El cónsul francés y el ayudante de Bessieres estuvieron



INSURRECCION DE SANTANDER.

mas espuestos á ser victimas del furor de la multitud; pero protegidos por los oficiales del provincial de Laredo que estaba de guarnicion en Santander, fueron conducidos al castillo en union con los demas, evitando aquellos valientes con su generosidad y su arrojo, escesos que sin su intervencion hubieran tenido lugar. Al día siguiente declaráronse en junta soberana los individuos del ayuntamiento y otras personas respetables, nombrando presidente á su obispo D. Rafael Menendez de Luarca, el cual estaba á la sazón ausente y no admitió el cargo sino despues de porfiada resistencia. Las prendas del obispo eran grandes, y á ellas debió el nombramiento que en él se hizo; pero erigido en autoridad superior de la provincia, desluciólas despues con su fanatismo y con el desvanecimiento en que vino á caer, intitulándose regente soberano de Cantabria por Fernando VII, y exigiendo el tratamiento de alteza.

La insurreccion de Santander suponía un arrojo tanto mas notable cuanto mas escasos eran los recursos de la provincia y mayor su proximidad á las tropas francesas, las cuales podían caer sobre ella de un momento á otro. Los naturales fiaron en su valor y en sus montañas, y llegada que fué la noticia del levantamiento de Asturias la santidad de su causa los hizo creerse invencibles. Elevado al grado de capitán ge-

neral el coronel D. Juan Manuel de Velarde, y habiéndose procedido á un alistamiento en toda la provincia para proveer á su pronta defensa, salió el nuevo gefe con 5000 paisanos, en cuyo número se contaban algunos milicianos del provincial de Laredo, y apostóse en Reinosa con ellos y con alguna artillería, mientras su hijo D. Emeterio ocupaba la posicion del Escudo con 2500 hombres del pueblo, quedando apostados en los Tornos otros mil recogidos de varias partidas sueltas. Gente toda sin disciplina y sin organizacion, como levantada de pronto, pero acalorada y valiente y sin ocurrirle siquiera calcular los peligros á que se esponia.

Galicia se alzó el dia 30. Era entonces su capital la Coruña, y el oficial francés Mongat había pasado á aquella ciudad con la comision de informar al gran duque de Berg acerca de los recursos y tropas existentes en la poblacion y en el resto de la provincia. Hallábanse en aquella sazón notablemente exasperados los ánimos con las noticias venidas de la corte, y esa irritacion se aumentó con la llegada de Mongat y con el imprudente proceder del mariscal de campo D. Francisco Biedma, á cuyo cargo estaba la capitania general por ausencia de D. Antonio Filangieri. Era Biedma mirado con desafecto por los vecinos de la poblacion y por los mismos militares, quienes notando en él algunas precauciones marcadamente hostiles, tenianle por instrumento de Murat. Rumores exagerados ó diestramente esparcidos hicieron creer al paisanage que se le iba á someter á un alistamiento forzoso para sostener la causa del usurpador, y aun se estendió la voz de que el francés Mongat tenia en su poder millares de esposas destinadas á amarrazar á los nuevos conscriptos hasta conducirlos á la frontera. Especie infundada sin duda, mas no por eso menos creida de las sencillas gentes, ni menos capaz de producir en ellas el alarmante efecto que se hace sentir en los sabidos versos del poeta que pocos dias antes acababa de decir, dirijiendo su patriótica voz á los españoles:

*¿Pensais que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estimeis: grillos, esposas,
Cadenas son, que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan fuertes brazos (1).*

La tropa creyó por su parte que se trataba de separarla de la provincia y de enviarla á Francia llenando con franceses el vacio que dejase en su patria. Llegó en esto á la Coruña un emisario de Asturias con la noticia de su insurreccion y el encargo de excitar el patriotismo de las autoridades gallegas á seguir el mismo ejemplo; mas no pudo ponerse de acuerdo con ellas, por haberle obligado el regente de la audiencia á salir de la capital. Poco despues vino de Leon, con la noticia de otro proyectado alzamiento en esta ciudad, un estudiante de la misma, quien atravesando á caballo las calles de la Coruña con gritos de entusiasmo y de júbilo, se dirigió al mismo magistrado. La contestacion del regente fue apresarle, poniéndole incomunicado en la casa de correos. Reunida la multitud delante de este edificio, y sabido el motivo de aquella prision, murmuró contra el atropello cometido en aquel patriota, manifestándose la mina dispuesta á reventar de un momento á otro. Puestos de acuerdo secretamente con varios oficiales de la guarnicion los ciudadanos que dirigian el movimiento, y persuadidos de que la tropa los secundaria, resolvieron alzar el grito desde luego, aprovechando la coyuntura que les ofreció un incidente ocurrido el 30 de mayo. Era costumbre anual en este dia celebrar la conmemoracion de San Fernando, poniendo la bandera española en los castillos y baluartes. Este año no apareció la tal bandera, y el pueblo inter-

(1) QUINTANA: *A España despues de la revolucion de Marzo.*

pretó la omisión como estudiada señal de menosprecio al idolatrado monarca cuyo nombre era el mismo del Santo. Acaudillada la multitud por un sillero llamado Sinforiano Lopez, dirigióse al palacio del capitán general, pidiéndole por medio de comisionados que se colocase la bandera en los sitios de costumbre, y se hiciese volver á la ciudad el regimiento de Navarra, á quien se



Muñanda

PRONUNCIAMIENTO DE GALICIA.

había hecho salir para el Ferrol, por haber sospechado Filangieri, cuando se restituyó á la Coruña de orden del gobierno de Madrid, que el tal regimiento se entendía con los conjurados. El general accedió á las peticiones, pero como no por eso se apaciguase el tumulto, se sustrajo á los atropellos que no sin motivo temía, desapareciendo de su casa por una puerta escusada y refugiándose en el convento de Dominicos. Biedma y el coronel Fabro, mas confiados en sí mismos, salieron por la puerta principal, quedando herido el primero y apaleado el segundo por la gente que via en ellos dos partidarios de Godoy, siendo de notar que los soldados no salieron á su defensa, con lo cual acabó de manifestarse la disposición de la tropa á secundar el movimiento. Mientras tanto había acudido innumerables paisanaje de afuera, y unidos á él los de la ciudad, tomaron el parque y se apoderaron de mas de 40,000 fusiles. Formada una junta en la tarde del mismo dia, dióse la presidencia al capitán general, nombrándose para sustituirle interinamente al mariscal de campo D. Antonio Alcedo. Esta junta convocó luego otra, siguiendo la costumbre establecida para el nombramiento de los siete individuos que componian

la diputacion del reino de Galicia, la cual se renovaba cada seis años. La insurreccion quedó generalizada en toda la provincia; y si bien el conde de Cartaojal y el gefe de escuadra Obregon, quisieron en el Ferrol impedir el levantamiento, hubieron de desistir de su oposicion por la enérgica decision de la tropa y del paisanage. Diéronse inmediatamente las disposiciones oportunas para la formacion y organizacion de un ejército, agregando á los cuerpos antiguos los reclutas recientemente enganchados, y creando batallones nuevos, como el llamado Literario, compuesto en su totalidad de estudiantes de la universidad de Santiago. Reunidos despues los diputados elegidos por las siete capitales de la provincia, instaláronse con el nombre de junta soberana de Galicia, agregándosele el patriota obispo de Orense, y el de Tuy, juntamente con D. Andres Garcia, confesor que habia sido de la difunta princesa de Asturias. Para el mayor acierto en la parte administrativa, añadiéronse otros sugetos de conocida inteligencia en sus distintos ramos. El arzobispo de Santiago, D. Rafael Muzquiz, y el ex-ministro de Gracia y Justicia, D. Pedro Acuña, intentaron desbaratar un alzamiento que, como secuaces del antiguo gobierno, miraban con tedio y con ira; pero la firmeza de la junta desbarató sus proyectos. Esta envió á Inglaterra á D. Francisco Sangro con idéntica mision á la que D. Andres de la Vega y el vizconde de Matarrosa habían llevado de Asturias. El entusiasmo del gobierno británico subió á su último punto, vista la celeridad con que cundia el movimiento; y habiendo puesto á disposicion de la junta de Galicia abundantes auxilios, dióle otra prueba de interés y de afecto, poniendo en libertad á varios prisioneros españoles, y enviando á la Coruña á Sir Carlos Stuart, primer diplomático inglés que con carácter de tal hubo en España despues de nuestro último rompimiento con aquella nacion.

Para ser completamente glorioso el levantamiento de Galicia, no le faltaba otro lauro sino el de haberse evitado en él los excesos que casi siempre acompañan á las grandes agitaciones. Desgraciadamente hubo algunos que empañaron su lustre, señalándose entre todos el asesinato cometido en la persona del capitán general Filangieri, de cuyo triste suceso, ocurrido el 24 de junio, hablaremos en otro capítulo.

Antes que Galicia se alzase, y al mismo tiempo que se trabajaba en Asturias para dar feliz cima á la empresa paralizada desde el dia 9, recibia la causa de la independencia nacional otro de sus mas robustos apoyos en el norte de la Península. Hablamos de la capital de Aragon, de la inclita y sin par Zaragoza, destinada á reproducir y escocer en los primeros años del siglo XIX los milagros de valor, de tenacidad y heroísmo, con que tanto ilustraron su nombre las antiguas Numancia y Sagunto. La profunda impresion que la catástrofe del 2 de mayo habia producido en aquella ciudad, el ánsia con que sus habitantes se agolpaban á la casa de correos á saber qué nuevas traia, el despecho con que, reunidos en los corrillos, se comunicaban las especies que sucesivamente iban adquiriendo, todo indicaba una conflagracion inminente, sin que fuese posible contenerla. Sabido el atentado de Bayona, y no cabiendo ya la menor duda acerca de la arbitrariedad con que Napoleon se erigia en dueño de la nacion española, amotinóse el pueblo el dia 24, á los pocos momentos de la llegada del correo que tan tristes noticias habia traído. Era capitán general de Aragon D. Jorge Juan de Guillelmi, y las gentes desconfiaban de él, tanto por su cualidad de estrangero, como por la persuasion en que estaban de la debilidad con que obedecia las órdenes del intruso. Acaudillada la multitud por el practicante Gonzalez y por los labradores Cerezo, Zamorai, Forces, Grasa, Nuñez y otros, entre los cuales merece señalada mencion el valiente y patriota Ibor, vecino del Arrabal, mas conocido con el nombre del tio Jorge, dirigiéronse todos á la casa del capitán general pidiéndole armas. Guillelmi se resistió á concederlas alegando la inesperiencia de los peticionarios, si bien se manifestó dispuesto á entregarlas á militares. Contestacion como esta no era para dejar satisfecha á una poblacion que, amenazada del enemigo por todas partes y no teniendo tropas á quien confiar su defensa, ella sola era la única que podia bastarse á si

misma. Forzado el general á condescender, fué conducido á la Aljafería, edificio situado al oeste de la ciudad, y que habiendo sido antes palacio de los antiguos re-



ALZAMIENTO DE ZARAGOZA.

yes de Aragon, recibió impropriamente despues el nombre de castillo. Existian en él hasta unos 25,000 fusiles, y la gente no cesaba de gritar, armas, armas. Guillelmi procuró entretener al pueblo con estudiadas dilaciones; pero todo fue en vano. Entregadas á los alcaldes las llaves de la armeria, quedaron los fusiles á disposicion del pueblo, verificándose su distribucion con el orden mas admirable. Quiso el general restituirse á su casa; pero se le contestó quedaba allí detenido por su propia seguridad, visto lo cual, y hallándose destituido de apoyo en el ayuntamiento, majistrados y demas autoridades, hizo dimision de su mando en la mañana del dia siguiente. Nombrado para sustituirle interinamente su segundo, el general Mori, congregó este una junta en la mañana del mismo dia; pero poco satisfecho el pueblo con la equívoca conducta del nuevo gefe, y temiendo la aproximacion de un cuerpo francés de 12,000 hombres que se decia haber precipitadamente pasado por Tolosa de Guipuzcoa sin saberse su verdadera direccion, creyó del caso proveer inmediatamente á la primera de sus necesidades, nombrando un general paisano suyo y de toda su confianza.

Hay en las cercanias de Zaragoza una torre ó casa de campo, llamada de Alfranca, y esa torre servia entonces de asilo al brigadier D. José Palafox y Melci, hijo segundo del marques de Lazan, perteneciente á una de las mas antiguas y distinguidas familias de Aragon. Este militar que (segun lo que dejamos dicho en el capitulo II) habia partido á Bayona de orden de su gefe el marques de Castelar, para informar á Fernando VII acerca de lo ocurrido en la entrega de Godoy á las tropas francesas, escapó de aquella ciudad disfrazado de labrador á los primeros dias de mayo, dirigiéndose á Zaragoza, supatria, con el ayudante Butron, compañero suyo en el viaje y en la mision encargada por el marqués. Palafox entró en conferencias con los labradores del Arrabal, y particularmente con el tio Jorge, á fin de acelerar el